



En un ojo dorado

ISAKI LACUESTA

Empecemos por las ramas, contando lo que podría parecer más accesorio y alejado. México DF: en los tenderetes aledaños a la Basílica de Guadalupe, frente a los peregrinos que marchan de rodillas, miles de fieles compran exvotos. La miniatura dorada de un pie. Un corazón atravesado por flechas. Un hígado o un pulmón. Una oreja. Agnès Varda compró allí el exvoto de un ojo, y en vez de ofrecerlo al altar de la Virgen, se lo colgó del cuello en un collar. Hace unos días, en Girona, me contó que tiene la

cuando vi que Varda también lo hacía, me sorprendí: no porque su cine carezca de belleza visual, muy al contrario, sino porque pensé que, para preservar los talentos que hacen de Agnès Varda una cineasta única, deberíamos colgar, junto al exvoto del ojo, al menos unas manos, unos pies, un corazón atravesado, una cabeza.

La mirada, claro: Varda debutó como fotógrafa en los 50, y en sus retratos del teatro encontramos ya una curiosa tensión entre la pose *comme il faut* y la

Girona, Varda presentó su nueva serie televisiva, cuadernos de viajes alrededor del mundo en los que explora el arte contemporáneo con su cámara doméstica.

Da igual que filme en minidiv o en Hollywood con 35 mm; un diario íntimo o una manifestación en clave de musical: Varda trabaja como una artesana, por eso podemos apreciar las marcas de sus dedos sobre cada plano, no como una firma ostentosa, sino como un temblor o como la particular determinación de un encuadre seguro de sí mismo, evidencia de que no los ha fabricado en serie. Así, el famoso plano de Varda grabando sus propias manos arrugadas en *Los espigadores y la espigadora* podría empalmarse con los meticulosos *tableaux vivants de Réponse de femmes: notre corps, notre sex*, y aunque sus caligrafías sean tan distintas, cabe deducir que todas ellas pertenecen a la misma mano porque todas sus letras apuntan hacia un mismo motivo: la ideología encarnada en cuerpos muy concretos. Cuando filma a mujeres oprimidas, a los Black Panthers o los diletantes de Hollywood, sus modelos nunca son arquetipos sino personas singulares cuyas facciones se transforman con el tiempo. Dice: “De *Lions love*, me gusta que las formas de hablar, de moverse, de vestir, sólo puedan ser de los años 60 en aquel lugar”. Por eso su cine es también una crónica sentimental que transita entre lo íntimo y lo generacional con la tranquilidad de quien sabe que, al final, son nuestras peculiaridades y singularidades las que nos acaban asemejando a los demás.

Tiene gracia que de casi todas las novedades atribuidas al cine del siglo XXI, Varda las realiza hace décadas. Las digresiones en *Du côté de la côte* (1958), el díptico documental/ficción que forman *Mur-murs* y *Documenteur* (1981), el cine como muñeca rusa de mil filmes posibles (*Jane B par Agnès V*, 1988) y sobre todo, la fusión del relato, la crónica social, el ensayo y la poesía, lo demuestran. Por eso, cuando escucho hablar del *cine puro* me acuerdo de Leni Riefenstahl y pienso que no, que el cine nació bastardo, plural y destinado a encontrar las infinitas posibilidades de películas como las de Agnès Varda.

niño? Él, que estaba muy enfermo para asistir al rodaje en exteriores, me habló de un lugar que se podía reconocer en tres o cuatro sitios semejantes. Al ver las imágenes, me dijo que el lugar era justo aquel”.

También explicó que las instalaciones le han permitido trabajar distintamente el espacio fílmico, ampliándolo, y le han llevado a buscar otras maneras de mostrar las imágenes. No evitó ponerse en cuestión: Quizás en *Les plages d'Agnès* quiso decir demasiadas cosas y a veces no da tiempo suficiente para contemplar las imágenes; quizás en alguna ocasión ha hecho demasiado explícito al espectador qué debe sentir o pensar. Vindicó el arte contemporáneo porque continúa poniendo en cuestión qué es arte. Elogió a Andy Warhol y al canadiense Michael Snow porque en sus filmes han puesto en cuestión

Puede que Godard le envidie que ella haya llegado a vieja sin amargura; y contó que algunas tardes de domingo visita al invisible Chris Marker

el tiempo y el espacio cinematográficos.

Acompañé a Agnès Varda en su estancia en Girona porque Josep Maria Terricabras, director de la cátedra Ferrater Mora, había sufrido un grave accidente y, habiéndolo invitado, no pudo estar con la cineasta. Junto a algunos amigos, compartí con ella comidas y conversaciones en las que elogió a Catherine Deneuve porque lo que hace es siempre inesperado y afirmó que, quizás junto a Jean-Luc Godard, Maurice Pialat le parece el mejor cineasta francés de todos los tiempos. De Godard también sugirió que puede que quizás le envidie que ella haya llegado a vieja sin amargura. Y explicó que algunos domingos por la tarde visita a su amigo Chris Marker, un cineasta tan escurridizo que casi nadie más logra verlo. Un día de fiesta entre semana la acompañamos al mar. Debido a sus quehaceres, renunció volver a Cadaqués. Le pareció que quedaba demasiado lejos y fuimos a Begur y Llafranc. La tarde era espléndida. La observé caminando por la playa de Llafranc, sus pies desnudos buscando el contacto del agua. ¿Otra playa de Agnès? Admiró la inmensidad del mar desde el mirador del faro de Sant Sebastià. De vuelta, se hizo de noche y había una luna llena enorme. Sacó una pequeña cámara y, desde el coche en marcha, empezó a filmar persiguiendo la luna por la carretera de Pals a Torroella de Montgrí. Y pensó que así proseguía su quehacer como cineasta: Intentar atrapar algo con la conciencia que siempre se escapa. |



Trabaja como una artesana, por eso podemos apreciar las marcas de sus dedos sobre cada plano, como un temblor, un encuadre distinto

superstición que así protege su mirada de los malos augurios.

La entiendo bien (hace unos meses compré varios exvotos como el suyo), pero no puedo dejar de decirme que esta superstición compartida se basa en un equívoco: creer que el órgano esencial de un cineasta es siempre el ojo. Hubiera entendido que Wenders, Kubrick, Van der Keuken o Abel Gance cuidaran ante todo de sus retinas. Pero

complicidad espontánea con sus modelos. “Me gusta fotografiar con sombras suaves; lo hacen todo nítido y placentero”, me explicó mientras me colocaba bajo un árbol. Varda es una fotógrafa versátil, y tanto compone con tiralíneas clásico (la foto del corto *Ulyses*) como desliza su cámara cual bailarín de jazz. Porque en el cine también cuentan los pies y su camino se hace andando: en